

Tiempos y platas negras

Fernando Claro V.



Nos vemos azotados por el crimen organizado y las autoridades encargadas de perseguirlo andan tomando pisco sour en los días más complicados, como si estuvieran de vacaciones en Tunquén. Qué decir de la pataleta del Presidente contra el Senado, y de su delirante conferencia de prensa, improvisando cincuenta minutos por el escándalo desatado por los pisco sour, leyendo chats de WhatsApp y regañando en público a su asesora comunicacional.

Nunca me gustó criticar a quienes nos gobiernan porque eran «muy jóvenes» —no lo eran—, porque «nunca habían trabajado» —llevaban más de diez años en política— o porque «no habían logrado terminar la universidad». La verdad, esas señales decían mucho. Faltaban capacidades, competencia, conocimientos, seriedad. Me molestaban, sin embargo, sus ideas, muy malas —aunque se han arrepentido de varias, por suerte, pero para vergüenza de ellos y de quienes los defen-

dían—; sus formas —histéricas, soberbias y desleales con las instituciones—; que se creyesen buenos —falso, ya que no donaban plata sino que para ellos mismos—; que se creyesen probos —falso, ya que robaban y se prestaban a robar infinitamente, a través de los convenios—; y tanto más. Incluso que se creyesen feministas, otra falsedad, ahora consagrada.

Uno no sabe qué pensar de tanta ternura y buena onda que impositaron. No queda otra que recurrir a la simple creencia de que en verdad no les importa la gente, ni los alerces ni los huemules, solo quieren poder. O hacen reformas para aumentarlo o instrumentalizan cualquier causa de moda. De ahí el proyecto del CAE, que destruye a las universidades docentes, politizándolas, y amenaza a las universidades «complejas» —un paralelo a la destrucción y segregación que fraguaron para el sistema escolar—.

Si no frenamos el crimen organizado, las historias del capo Cabro Carrera —un oso de peluche al lado de lo que

vemos hoy— quedarán para siempre en el recuerdo. Una banda de crimen organizado, en la práctica, es una empresa ilegal, que comercia bienes ilegales, como el tusi, o legales, pero en negro, como madera, cobre o salmones. Donde exista la oportunidad, llegan. A EE.UU. llegaron los italianos y acá ya llegaron los carteles brasileños y venezolanos. Y

este Gobierno, que ya no sabe de dónde más sacar fondos, además de tomar pisco sour, abre otra ventana para blanquear platas desde afuera. Una oportunidad para

el crimen organizado: blanquear millones de dólares y consolidarse acá.

¿Queremos traer también a las mafias chechenas o chinas? Ojalá nuestras autoridades estén atentas, porque parece que nadie les advirtió mucho de esto. No les importó, sin embargo, que les hayan dicho una y otra vez que no lo hicieran, porque andar repatriando constantemente platas con ofertones iba a generar incentivos perversos, de otro tipo, en Chile. No importa, siguieron adelante, todo sea por el poder y dinero.

“¿Queremos traer también a las mafias chechenas o chinas?”